

POBLACION Y ECONOMIA EN IBEROAMERICA EN LOS SIGLOS XIX Y XX

Nicolás SANCHEZ-ALBORNOZ

El profesor Nicolás Sánchez Albornoz recoge en este artículo algunas de sus tesis sobre la evolución de la población Iberoamericana en los últimos ciento cincuenta años. Registra el autor tres jalones en dicha evolución y los relaciona con las cambiantes circunstancias sociales y económicas en la Historia contemporánea de Latinoamérica. La primera etapa corresponde a la independencia política del continente americano y su mayor integración, desigual y cambiante, con los circuitos comerciales europeos. La segunda etapa corresponde al incremento de la capacidad de demanda, por parte de los países iberoamericanos, de productos manufacturados producidos en los países más desarrollados. Esto se compaginó con un mayor esfuerzo exportador de

productos primarios obtenidos en las regiones del continente. La población aumentó considerablemente en determinadas zonas entre 1850 y 1930, a lo que contribuyó notablemente la inmigración de europeos. La última etapa, de 1930 a la actualidad, es de crecimiento poblacional acelerado, al tiempo que el proceso de urbanización se ha intensificado de modo espectacular. Ello plantea, obviamente, problemas múltiples de orden social y económico, en una época de rápida modernización y desarrollo tecnológico, pero afirma el profesor Sánchez-Albornoz que la evolución poblacional iberoamericana es congruente con la tendencia demográfica de las sociedades que atraviesan el paso de la tradición a la modernidad.

La población iberoamericana, en su evolución desde la independencia hasta nuestros días, dibuja una línea continua de crecimiento sostenido. De los 20 millones que residían en la región hacia 1825 hasta los 356 millones (1980), los habitantes se han multiplicado por cerca de dieciocho veces. Comparada con la población española, que en los mismos 155 años algo más que se triplicó, percibimos cuánto dista su experiencia de la de España.

Dentro de la historia conocida de la población mundial, lo ocurrido en Iberoamérica en el último siglo y medio no encuentra parangón. Captar su singularidad ayuda a entender una sociedad que ocupa una de las áreas más extensas del mundo y con la cual España tiene un nexo particular, humano, histórico y cultural. Asimismo permite prever su más cercano futuro.

En las páginas que siguen, bosquejaremos tres jalones principales del cambio poblacional y su relación con las condiciones sociales y económicas del momento.

Iberoamérica se emancipa con unos dieciseis a veinte millones de habitantes, según se cuente, pues la independencia no sobrevino, sabido es, en una misma fecha. La población era todavía inferior en magnitud a la que había al poner pie Colón en esa tierra. Tres siglos más tarde de aquel desembarco, se hallaba en franca recuperación. En la cuarta versión de su famoso ensayo sobre la población — el sumario de 1830 —, Malthus destaca la alta fecundidad, principalmente, de la Nueva España. Con el relevo político, los nuevos estados concibieron grandes ilusiones con respecto al desarrollo de su población y de su economía.

En un principio, las esperanzas se fijaron en el intercambio con las nuevas metrópolis económicas y en sus efectos. Pronto se vio claro, sin embargo, el techo con que tropezaban esos tratos. Cambió, pues, el propósito; se buscó el aumento de la capacidad productiva. Dada su condición eminentemente agrícola, con abundancia de tierras y escasez de capitales propios — y los ajenos difíciles de atraer —, el factor sobre el que cabía actuar era el trabajo. Los gobiernos se aplicaron a anular los impedimentos que en la legislación colonial trababan la entrada de extranjeros, e incluso tomaron medidas positivas para atraerlos, como eran los planes de colonización. Los resultados fueron, sin embargo, escasos. Sólo algunas zonas tropicales, en las que se daban bienes que encontraban una demanda creciente en Europa, como eran Brasil o Cuba (aunque siguiera ésta siendo una colonia), experimentaron a la sazón un notable crecimiento de su población y de su producción. En ambos casos, la incorporación de fuerza de trabajo ajena se hizo empero por cauces de lo más tradicionales: la importación de esclavos africanos.

Los primeros decenios de vida independiente se cerraban, pues, en medio de contrariedades. Población y economía se acrecentaron, pero a un ritmo y en una forma no muy distinta de lo previsible de no haber ocurrido la ruptura política. Además, Iberoamérica se dislocaba: las zonas que se integraban en el mercado mundial cobraban dinamismo, mientras que las demás, que eran mayoría, se reproducían sin apenas innovar o crecer.

En la segunda mitad del siglo XIX, los países más desarrollados de la época aumentan su capacidad para absorber una gran variedad de bienes y necesitan colocar fuera sus productos y también sus excedentes financieros. Iberoamérica encuentra entonces la ocasión de satisfacer su ambición. Prospera y se transforma, acentuándose los contrastes anteriores. Entre 1850 y 1930, pasa a tener una población de 104 millones (casi tres veces y media más). Se crece a un 1,6 % acumulativo anual a lo largo de ochenta años. Los bienes y servicios aumentan también, pero como todavía las ciudades no recogían en general grandes masas, ese incremento no debió ser muy superior al de la población. A falta de información directa, la población sigue constituyendo para la época un indicador relativamente significativo de la riqueza y de su aumento.

En todas las naciones, el mercado internacional introduce entonces sus tentáculos, pero en algunas lo hace especialmente. Algunos países experimentan un crecimiento de excepción. Cada uno de ellos lo hace en función de impulsos agrarios singulares: para Argentina es la cerealicultura, mayormente; para Uruguay, la ganadería; para el sudeste de Brasil, la cafeicultura y para Cuba, el cultivo azucarero. Menos extenso y, por ende, más homogéneo, Uruguay bate desde temprano marcas en materia de crecimiento poblacional. Entre 1850 y 1900, aumenta a razón de nada menos que un 4 % anual acumulativo. Luego se distiende, época en que descuellan, en cambio, Argentina y Cuba. Ambas crecen entre 1900 y 1930 a un 3 % anual, o más según los momentos.

Otros países no se encuentran en posición de punta, a lo sumo crecen rápidamente zonas dentro de algunos de ellos, como puede ser el caso tardío de la franja atlántica de Centroamérica. En el extremo opuesto de la escala se hallan, a su vez, naciones como Bolivia, cuya población se incrementa despacio entre 1850 y 1930, a un 0,6 % anual, o incluso Venezuela. Con un 0,9 % anual, ésta duplica apenas su población en los mismos ochenta años.

Librados a sus propias fuerzas en lo económico y en lo demográfico, tales países se rezagan en términos relativos y, en la medida en que cambian, lo hacen más que nada superficialmente. Sus capitales adquieren aires modernos y se desarrollan consumos conspicuos de artículos importados. En ciertos niveles sociales, las condiciones de vida mejoran. Incluso, si las circunstancias lo exigen, los adelantos, en salubridad por ejemplo, se propagan a las áreas rurales. A raíz de la apertura del canal interoceánico, el Panamá central, pongamos por caso, ve el combate y la desaparición de la malaria y de la fiebre amarilla. En general, la masa campesina de los Andes, de Centroamérica o de México, indígena en buena medida, apenas modifica sus pautas vitales.

La admisión de extranjeros contribuyó al rápido crecimiento de los cuatro países mencionados. El de la Argentina se explica en dos terceras partes de esta manera y una sola por el incremento vegetativo. Entre 1881 y 1930, más de 3,8 millones de inmigrantes se instalaron en el país. Quienes entraron y residieron meses o años, antes de regresar a su lugar de origen o de partir hacia otro

destino, suman desde luego cantidades mayores. En el orden económico, éstos cuentan también porque durante su permanencia aportaron su esfuerzo; en el demográfico, sin embargo, el efecto hondo y duradero lo producen quienes se radicaron y legaron su descendencia. La misma observación se aplica naturalmente a otras migraciones. De éstas digamos sólo que cuantos se asentaron permanentemente en la banda opuesta del Río de la Plata fueron 580 mil y un millón ochocientos mil quienes lo hicieron más al norte, en Brasil. En Cuba, 596 mil se fijaron después de la independencia, de 1902 a 1930.

Estas magnitudes deberían descomponerse por procedencia y también por períodos para dar cuenta del significado de este ingente trasvase de hombres y mujeres, adolescentes y adultos en su mayor parte. Por lo mismo, habría que mencionar también que el destino final fue mayormente la ciudad y que, a pesar de ser sobre todo campesinos, terminaron por constituir la mano de obra para la industria y para los servicios.

Aunque quede bastante por averiguar al respecto, los problemas más acuciantes para los historiadores son otros, insuficientemente explicados. Un crecimiento vegetativo como el que experimentaba la generalidad de los países iberoamericanos, en Europa hubiera parecido holgado. Entre 1850 y 1930, la población española creció a una tasa inferior a la señalada antes para Venezuela y, sin embargo, se vieron obligados a emigrar hombres del país, a la vez que otros se agolpaban en las ciudades y en torno a las fábricas. Esto, naturalmente, no ocurría en el país sudamericano. Escasez absoluta de brazos para la expansión económica no parece que haya habido en Iberoamérica, al menos muy acusada. Cabe entonces pensar que las deficiencias, donde las hubo, tal vez podrían haber sido satisfechas por medio de desplazamientos internos o adecuando el modo de producción a las condiciones de la oferta de mano de obra. Contraponiendo Costa Rica a São Paulo queda claro que la expansión del café no tenía que pasar forzosamente por la migración exterior, al menos en la proporción en que ocurrió. En Costa Rica, el crecimiento vegetativo nutre de brazos a la cafeicultura, que se propaga en régimen de pequeña propiedad. En São Paulo, el colono italiano reemplaza al esclavo, consolida al régimen de gran propiedad y lo propaga incluso el

planalto interior. Al igual que en São Paulo, en ambas orillas del Plata el inmigrante refuerza, cierto que a su pesar, la gran estancia cerealista o ganadera. Gracias a él, los propietarios, y el país entero, se capitalizan: disponen de gente que no han tenido que criar ni educar. Mortara esbozó hace tiempo un cálculo del ahorro que la inmigración supuso. El extranjero trae además consigo ideas formadas sobre remuneración, disciplina, ahorro..., mal enraizadas en amplios sectores de la población local todavía. Estudios recientes muestran cómo en Buenos Aires o en Montevideo se yuxtaponen en la segunda mitad del siglo XIX dos mercados de trabajo: uno, formalizado con relativa transparencia y movilidad, al que solían incorporarse los inmigrantes, y otro informal en el que prevalecía la ocupación eventual y no especializada, un modo de vida de ingresos aleatorios para un grupo nutrido y nada marginal. En Santo Domingo, asimismo, la expansión azucarera expulsa a principios de este siglo a muchos colonos de sus tierras, pero para la zafra o el ingenio hay que traer inmigrantes porque tampoco aquí ocurren trasvases: el antiguo campesino no se presta al trabajo de la caña. La relación entre inmigración y economía no pasa, pues, simplemente por los requerimientos globales de mano de obra, sino que tiene que ver, además, con las modalidades de crecimiento elegidas.

El inmigrante acude al Nuevo Mundo a mejorar su suerte, sin perjuicio de las demás razones. Ahora bien, ¿qué hay de cierto en esto, o fue acaso víctima de un deslumbramiento? La racionalidad de la decisión podrá determinarse una vez establecidas las diferencias a favor de Iberoamérica en punto a salarios reales, capacidad del ahorro, oportunidad de empleo... Sobre este anverso de la medalla, mucho queda por hacer, casi todo en relación con los emigrantes españoles.

El tercer tema es específicamente demográfico. Las zonas más expuestas a la inmigración europea son también aquellas que antes alteran su comportamiento en punto a fecundidad y mortalidad. ¿Son las alteraciones resultantes de la inmigración las que actuaron sobre estas pautas, o son ellas prolongación en ultramar de modificaciones en curso en los lugares de origen? La demografía ha identificado una fase de transición desde altas tasas de mortalidad y fecundidad hasta las contemporáneas, bajas ambas. El fenómeno es mundial, pero en Iberoamérica ¿se desencade-

La emigración a América



Se ha calculado en cerca de 4,5 millones la cifra de emigrantes europeos a Argentina en la segunda mitad del siglo XIX y comienzos del XX; de ellos, un millón y medio, aproximadamente, fueron españoles. El movimiento migratorio a Argentina se aceleró, justamente, en los primeros quince años del nuevo siglo. El profesor Sánchez-Albornoz calcula que la colonia española cuadruplicó sus efectivos, en Argentina, entre 1895 y 1914. En este último año, los españoles representaban el 10,5 por 100 de la población total de la república del Plata, mientras que los italianos suponían el 11,7 por 100. Después de Argentina, fue Brasil la república iberoamericana que más españoles absorbió en la segunda mitad del siglo XIX y principios del XX, seguida por la posesión española de Cuba.

En cuanto a la procedencia geográfica de los emigrantes a América, dentro de España, se encuentra limitada a muy pocas regiones. Galicia aportaba un crecido caudal de expatriados: casi 29 por 1.000 habitantes. Canarias, con un 18 por 1.000, y a mayor distancia Asturias, Santander, Barcelona y Vascongadas.

nó a instancias de la inmigración o responde a razones internas?

La entrada de inmigrantes cesó hacia 1930, a causa de la crisis económica mundial, aunque algunos familiares de los venidos antes siguieron llegando después. El estallido de la segunda guerra mundial contrajo aún más el flujo. Al terminar ésta, se reanudaron por pocos años las salidas de Europa, sin alcanzar las proporciones de antes. Só-

lo Venezuela, que se abrió entonces a la inmigración ultramarina, recibió un caudal crecido. No obstante este cierre relativo de la inmigración, Iberoamérica elevó su crecimiento a partir de 1930. En medio siglo, de entonces a 1980, aumentó tanto, aproximadamente, como los ochenta años anteriores, a razón ahora de un 2,5 % acumulativo anual. No son países o zonas a las que el vértigo arrastra ahora, sino al conjunto. Hay casos extremos: Costa Rica aumenta a razón de un 3,7 %

entre 1950 y 1970. México, un país más extenso y complejo, lo hace en un 3,3 % entre 1960 y 1970. Aquellos que crecieron antes, como Argentina o Uruguay, lo hacen esta vez más despacio, aunque también Bolivia crece más despacio por razones distintas. De todos modos, no hay en ese momento región en el mundo que aumente tan deprisa.

De afuera proviene el detonante; de afuera llegan los nuevos productos que permiten a la región combatir su tributo anual a la muerte. Antibióticos e insecticidas reducen drásticamente en pocos años las defunciones por enfermedades infecciosas, desde la difteria o las afecciones intestinales, que silenciosamente segaban la vida de los niños, a las más conocidas públicamente, como los espectaculares brotes de fiebre amarilla o de malaria en los trópicos. La mortalidad infantil decae constantemente y zonas enteras antes temidas por malsanas empiezan a rebosar en salud y en hombres. Venezuela ve como sus llanos se libran de las asechanzas del paludismo en menos de tres lustros.

Apoyada también en una red médica y sanitaria más tupida, esta acción libera millones de vidas. Gracias a una supervivencia mayor, aumenta la cantidad de nacimientos a lo largo de uniones conyugales que no se truncan ya antes de tiempo. El número de hijos que las esposas dan así a luz y que luego crían sin tropiezos se acrecienta. Sus hijas repetían a su vez la hazaña. La velocidad de crecimiento se acelera. América central continental —México incluido— pasa de crecer al 1,8 % entre 1930 y 1940, al 2,9 entre 1940 y 1950 y al 3,4 entre 1950 y 1960.

La tendencia se mantiene a lo largo de decenios. Cada poco tiempo un país del pelotón de los rezagados se incorpora a la carrera. Perú pasa del 1,7 % en 1940-1950 al 2,8 entre 1960-1970 y al 3,4 en la última década. Temores de que el fenómeno no vaya a remitir circulan y algunos dudan de que éste forme parte de la transición demográfica que otras regiones conocieron antes. Si fuera tal cosa, la fecundidad debería ajustarse a la baja. Pues bien, así ha ocurrido. De 1960-70 a 1970-80, Costa Rica contrajo su tasa de crecimiento del 3,4 hasta el 2,3; Colombia nada menos que del 3,5 al 1,5. De los países iberoamericanos, dos tercios han reducido su ritmo de crecimiento en el último decenio; sólo seis lo aumentaron y uno,

México, no lo varió. Aquellos que lo aumentaron son, naturalmente, los que se incorporaron tarde al cambio: Guatemala, Honduras, Nicaragua, Perú, Paraguay y, además, Venezuela.

Homologar el proceso iberoamericano con el general de la transición demográfica parece, pues, justificado. La cumbre ha sido transpuesta en la generalidad de los países. Pautas de mortalidad y fecundidad bajas son previsibles para un futuro no inmediato. La mortalidad suele ser bastante baja y el comportamiento de las parejas tiende claramente a la reducción de su fecundidad. Si esto no se traduce todavía en menos nacimientos en total, es porque los grupos en edad de procrear son aún muy grandes. El ajuste sigue una lógica propia y no ha sido inducido por las migraciones.

Los problemas económicos que la explosión demográfica acarrea son muchos. La pregunta al respecto no es ya cómo el crecimiento demográfico responde al económico, sino, al revés, en qué medida el desarrollo económico satisface a las necesidades de una población en aumento. En algunos casos, la mayor producción ha sido absorbida por la expansión demográfica. De cualquier modo, una acumulación conducente a niveles superiores de bienestar se ha frustrado y, a falta de éstos, la baja concomitante de la fecundidad se ha retrasado. Un grupo adulto exiguo ha tenido además que hacer frente a los requerimientos de una capa juvenil inusitadamente grande. Sesgada en favor de los más jóvenes (entre el 40 y el 50 % de los iberoamericanos tiene menos de 15 años), esta distribución por edades ha obligado a un esfuerzo sobrehumano de la población económicamente activa. Un desarrollo económico insuficiente, del que la demografía sólo en parte es responsable, se traduce en una carencia de servicios sociales, como por ejemplo en la educación. Esta deuda pendiente, como ha sido calificada, frena, a su vez, la plena transformación económica y social de la región.

El crecimiento de la población ha resultado, por otra parte, positivo con respecto a la escala y orientación de la economía. Países que no estaban en condiciones de producir de una manera rentable una serie de bienes de consumo o intermedios, al crecer su población adquirieron una dimensión apropiada. La inversión industrial fue con más razón favorecida en Brasil y México por su tamaño, mediante el cual compensaban la baja capacidad de consumo de buena parte de su población.

Los millones de trabajadores que la explosión demográfica originó no encontraron en el campo la ocupación de sus mayores, tanto menos cuanto que la modernización incipiente de la agricultura tornaba redundantes a parte de cuantos estaban allí antes. Los campesinos se vieron obligados a abandonar la tierra y se agolparon en las ciudades, pequeñas o grandes. Su concentración orientó la economía hacia la producción para este mercado consumidor mayor y más variado.

Desde 1950, la población urbana ha venido aumentando a más del 4 % anual, contra el 1 % de la rural. Esta ha decrecido, incluso en términos reales, en cada vez más países durante los últimos decenios. En 1970, un 42 % de iberoamericanos residía en centros de más de 20.000 habitantes, según el Centro Latinoamericano de Demografía. La proporción sube en los países veteranos como Argentina o Uruguay, donde dos tercios de la población viven en núcleos semejantes; por el contrario, Paraguay o Guatemala cuentan allí con el 21 y 16 %, respectivamente. Producto de la migración rural, este crecimiento se debe también al fuerte incremento vegetativo de una masa urbana, advenediza en gran medida todavía.

La afluencia de hombres del campo fue superior a la capacidad de absorción de las ciudades. La industrialización, de corta envergadura, no alcanzó a crear la cantidad de puestos de trabajo necesarios, ni los servicios urbanos se expandieron a la par de la demanda, sino que se quedaron por detrás. De ahí, las barriadas pobres, el desempleo crónico y esa imagen destartada de ciudad sobredimensionada en relación con sus recursos. V. Urquidí las llama ciudades prematuras. En tamaño, las urbes iberoamericanas contemporáneas — Buenos Aires, São Paulo — se sitúan entre las mayores del mundo. México ha pasado incluso a ser la mayor de todas por el número de habitantes, un privilegio dudoso que paga con congestión, alta contaminación e inseguridad.

Los emigrantes rurales traían consigo expectativas que ni la ciudad ni la industria han satisfecho para todos. De éstos, unos se acomodaron a la miseria urbana; otros miraron en varias direcciones fuera de las fronteras nacionales. La migración ha llevado a salvadoreños a Honduras, guatemaltecos a México, colombianos a Venezuela, bolivianos, paraguayos y chilenos a Argentina. La más significativa ha sido, sin embargo, la

salida de iberoamericanos fuera de la región, en un movimiento opuesto al prevaleciente durante varios siglos. La explosión demográfica ha invertido, en efecto, una tendencia secular. Los iberoamericanos han emigrado recientemente a Europa y a Australia, en bajas proporciones todavía. En su mayoría proceden de los estratos medios urbanos. El caudal mayor de emigración, que comprende a bastantes campesinos, ha ido empero al Norte. Este flujo no es por cierto nuevo del todo. Desde principios de siglo, los mexicanos han estado cruzando la frontera para trabajar temporal o permanentemente en los territorios limítrofes de los Estados Unidos. A ellos se sumaron más tarde los puertorriqueños, en el extremo opuesto del país. A partir de los años 40, afluyeron, en efecto, al Noreste en masa.

La explosión demográfica no sólo ha reforzado estas corrientes, sino que ha ampliado la gama de procedencias. Por la frontera de México cruzan ahora también los centroamericanos, más que nada salvadoreños o guatemaltecos. El Este se ha abierto asimismo a dominicanos y cubanos. El volumen de entradas, no siempre registradas oficialmente, está en función de la distancia y de la presión demográfica. Las distancias son cada vez mayores. De Sudamérica, principalmente de Colombia y Ecuador, empiezan a descolgarse contingentes importantes. Los países de origen son aquellos con más altas tasas de crecimiento, de los que hemos tratado antes. A la presión demográfica se agregan razones políticas en algunos casos, de signo, por cierto, opuesto: frente a los estratos medios, que sobre todo han dejado la Cuba de Castro, se hallan los campesinos que huyen de los gobiernos militares de El Salvador o Guatemala.

Los pronósticos sugieren, con todas las reservas del caso, que el proceso de transición demográfica habrá avanzado notablemente en los próximos cuarenta años, que la fecundidad y la mortalidad habrán llegado a ser bajas. La población no estará, sin embargo, estabilizada, sino que seguirá creciendo por la inercia del movimiento actual. Para el año 2025, cuando los nacidos durante el pico de la explosión demográfica, de 1955 en adelante, estarán todavía vivos, con los naturales descuentos, se calcula que Iberoamérica estará poblada por 845 millones de habitantes, el doble largo con respecto a los presentes. Algunas naciones habrán alcanzado entonces magnitudes insólitas. Se estima que Brasil tendrá unos 290 mi-

llones de habitantes, aproximadamente el tamaño actual del Mercado Común Europeo, y México unos 170.

Aunque menos acelerado, este crecimiento continuo habrá agravado muchos de los problemas que Iberoamérica tiene ahora planteados. La fuerza de trabajo habrá aumentado, pero si no se han creado los puestos de trabajo necesarios, lo cual no es previsible por la magnitud de las inversiones requeridas y la tendencia de la tecnología moderna destinada a ahorrar mano de obra, entonces el desempleo —sobre todo el juvenil— seguirá siendo crónico y la migración internacional habrá tomado mayores proporciones. Por otra parte, la población urbana habrá seguido en aumento. Centros ahora secundarios estarán entonces más poblados que varias de las actuales metrópolis, mientras que ciudades como México o São Paulo se prevé que tendrán unos 30 y 26 millones, respectivamente, a menos, claro está, que tamañas aglomeraciones se tornen disfuncionales y su expansión se detenga.

El rápido repaso de la evolución de la población de Iberoamérica en el último siglo y medio ha puesto de manifiesto tres etapas sucesivas de crecimiento cada vez más acelerado. La primera prolonga la expansión final del período colonial, sin que la ruptura política afecte inicialmente los comportamientos. A lo sumo, se ahondan entonces las tendencias divergentes entre territorios más o menos expuestos al mercado internacional. Este privilegio marcadamente estas zonas en la segunda etapa y las proporciona recursos humanos. La tercera fase, inconclusa, lo que nos ha llevado a contemplar los pronósticos para los próximos cuatro decenios, se basa en un crecimiento excepcional desde una perspectiva mundial e histórica. La base del mismo es fundamentalmente interna. Por su dimensión y velocidad, origina hondos problemas económicos y sociales que desbordan a la región, como ocurre con la emigración internacional.

La relación entre crecimiento demográfico y económico se ha modificado, pues, en este tiempo. Si en un principio el primero aparecía como un freno para el segundo, la aceleración demográfica en la última etapa se ha configurado como un obstáculo para la consecución de los resultados cualitativos del desarrollo.

El papel que, desde este ángulo, España ha desempeñado en este tiempo ha variado también.

La primera etapa se caracteriza por un cierto reflujo humano, a la vez que económico, por expulsión de españoles de muchos de los nuevos países o por ruptura de los nexos comerciales existentes, menos acusada, sin embargo, que lo que se supone. En la segunda, la trabazón se reanuda por la base gracias a fuertes contingentes que emigran a las naciones que entonces encabezan el cambio. La presencia humana detiene el distanciamiento y desarrolla lazos en varias direcciones. En cambio, en la última etapa se acentúa la desvinculación. De 1940 en adelante España permanece ajena a las grandes transformaciones en curso en Iberoamérica. Humanamente, sólo se nota su aporte en México y en Venezuela y, en lo económico, sólo es perceptible, modestamente, en los años más recientes.

Los historiadores españoles, económicos y sociales, cuentan en Iberoamérica con un campo amplio de investigación empírica a la vez que con un terreno para verificar hipótesis sobre desarrollo económico y factor humano. Por razón de fuentes y de relación entre España y la región, el tema que les debe resultar prioritario, por más cercano y fructífero, es el papel que, en la época de la emigración masiva, tuvieron los españoles en el desarrollo de los países más dinámicos, sobre lo cual casi todo está por decir.